

Discurso del Dr. Mariano Lebrón Saviñón, en la presentación de "El Libro Jubilar de Pedro Henríquez Ureña" de Julio Jaime Julia.

La presencia de Julio Jaime Julia, el humilde y callado intelectual mocano aquí, en el paraninfo de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) es acontecimiento que a mí me satisface. A mí particularmente, porque conozco su asiduidad en el quehacer cultural, su generosidad, su bondad innata, su admiración para el egregio humanista de nuestra patria, Pedro Henríquez Ureña, su amor al recuerdo del Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, al punto de que quizás, fue la primera persona a quien oí hablar de un Instituto Duartiano, hace ya un buen tiempo, y, por sobre todo, conozco de su imensa modestia, que por tiempo lo rezaga, porque una buena copia de intelectuales, en nuestras latitudes, para tener vigencia, agitan la campana de su fama, y él no tiene vocación de sacristán.

Prolijo en el trabajo intelectual, pertinaz en sus planes, difundidor de cultura sin altanería, la labor de Julia es realmente valiosa, sobre todo en el rescate de documentos y escritos donde ya la mortal carcoma había dado su mordedura documenticida. . Así hemos podido remozar ensayos, joyas de estilísticas, de Américo Lugo, que fulge en el panorama de nuestra literatura con elegancia suma, y ha resucitado para

Moca, su orgulloso y parvo ámbito natal, personajes que en un tiempo fueron paradigmáticos.

En el rescoldo hogareño se solaza Julia, no con la rancia libación del vinazo, que sacia el beodo en triste orgía tabernaria, sino con la lectura fecunda que dilata su acervo, y trabajando contumaz y callado con entrega ejemplar.

Yo admiro a Julio Jaime Julia. Admiro en él, sobre todo, algo que es nuevo, o para mejor decir, insólito, en las lides intelectuales: es generoso. No tiene palabras descompuestas ni aún para los arqueros de la malevolencia. Ese es, precisamente, su defecto menor. A la manera de Virgilio Hoepelman, otro de nuestros grandes en rezago, ve mérito en todo, y busca, de cada cosa, lo mejor.

Una muestra bibliográfica dará una idea de la labor de Julia:

“El árbil del olvido,” con dos ediciones (1973, 1974), donde aparece un floritegio de poemas del más elegante entre nuestro post modernistas, Virgilio Díaz Ordoñez.

“Antología de la Prosa duartista” (1976)

“Antología poética duartista” (1976)

“Antología de poetas mocano” (1977)

“Panorama de la prosa en Moca” 2 tomos (1980 y 1979)

“Un ciento de los mejores sonetos dominicanos” en dos tomos también. (1972).

“Poesía duartista” (1975).

“Antología de Américo Lugo” 3 tomos donde recoge algunos trabajos inéditos de quien en un tiempo fue llamado el primer prosador dominicano.

“Semblanza de José Heliodoro del Valle” y “Bolívar y los escritores dominicanos,” en colaboración con Marcos Martínez Paulino.

Una de las tareas que ha emprendido Julio Jaime Julia es la de exaltar los valores de su tierra, de su Moca natal, para lo cual encontró la colaboración de la Fundación Ramón Cáceres y la revista Presencia Mocana. Tres opúsculos son frutos de este afán: No. 1 “Ramón Guzmán Pichardo,” Antología (1978); No.

2 "José Dolores Alfonseca" y No.3. "Gabriel A. Morillo"
Antología.

Exponente de ese afán de divulgación es este libro en 2 tomos, que hoy pone a circular la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, y que titula "El libro jubilar de Pedro Henríquez Ureña." Fue un trabajo valioso y prolijo, verdaderamente admirable que nosotros ponderamos en su verdadero valor.

Julio Jaime Julia forma parte de la apretada minoría dominicana que conoce la obra entrañable de nuestro humanista, y la admira y la difunde con verdadera pasión. Este libro, como apunta el compilador, se planeó: "Con motivo de haberse cumplido en mayo de 1976 el trigésimo aniversario del fallecimiento de Pedro Henríquez Ureña."

91 intelectuales del continente respondieron a su llamada, enviándole sus trabajos inéditos, deseosos de contribuir a este homenaje de recordación. El mayor aporte fue de Argentina, con 51 magníficas monografías. Figuran en este libro nombres tan gloriosos como el de los argentinos Emilio Carilla, César Fernández Moreno, Raul Gustavo Agostini, José Barcia, Damián Bayon, María Alicia Domínguez, Ulises Petit de Murat, César Tiempo, Fermín Estrella Gutiérrez; el chileno Pablo García, el guatemalteco Juan José Arévalo; el boliviano Eduardo Ocampo Moscoso, los puertorriqueños Amelia Agostini del Río, Enrique Laguerre y Juan Ernesto Fonfrías; el colombiano Carlos García Prada; el salvadoreño Toño Salazar, y otros ilustres representantes de la intelectualidad hispánica como el Rev. Pedro Pablo Barnola venezolano; el también venezolano José Luis Salcedo Bastardo y el panameño Baltasar Isaza Calderón.

A esta lista se podrán agregar nuevos nombres, cuyo aporte epistolar es claro exponente del amor que concitaba el hijo de Salomé Ureña de Henríquez, en el ánfora de cuya vida bebió aquél para empaparse de dignidad y de grandeza.

Maestro de maestros, se le ha llamado; el Sócrates de América, grande humanista. Pero el distinguido intelectual hondureño Miguel Antonio Alvarado lo llama: "Maestro no sólo

de las tres Américas, sino también de los países de más cultura europea.”

Era preciso y mesurado en el decir y pocos han tenido la virtud de verse en una prosa tan diáfana y mesurada tan hermosa y correcta con tanta sabiduría. Con todo y ser tan vasta y profunda su obra, tan sabia y fecunda, su mejor libro fue el que no escribió: el que vertía en su conversación, en las tertulias, en la cátedra. El tiempo no le fue holgado para escribir todo lo que tenía que escribir.

Enrique de Gandía, el eminente historiador argentino, en cartas que me escribe, mediante un intercambio epistolar, me llama, reiteradamente, “compatriota de Pedro Henríquez Ureña,” pues entiende que con ello me hace un elogio imponderable, el mejor, tal vez, que me era dable esperar. Y en carta que le envía a Julio Jaime Julia el 2 de octubre de 1975, le expresa:

“Tenía un mundo de amigos. Llegó a ser popular en los ambientes universitarios y culturales. Daba conferencias, se le consultaba, era querido y respetado. Nadie ignoraba que su palabra tenía una autoridad. Los más grandes estudiosos escuchaban sus opiniones con respeto y con afecto. Los jóvenes lo seguían. Era un maestro, un amigo, un colega. Yo lo traté mucho Me parece verlo y escucharlo. Coincidíamos en un mundo de opiniones. Fácil era coincidir con un hombre de su talento, y, sobre todo, de su sensatez. Trabajaba despacio, con sumo cuidado. Se informaba siempre a fondo, meditaba mucho lo que decía o iba a escribir Es así como fueron apareciendo colaboraciones suyas, artículos, monografías, que representaban verdaderos valores en la producción crítica y lingüística americana. Su pasión era ahondar la cultura, el desenvolvimiento de las ideas en su patria y en América. Gramático, filólogo, erudito en general y, en particular, sobre temas dominicanos e hispanoamericanos, se entregaba al estudio como a un placer y volcaba en sus conferencias, en sus charlas, pausadas, sentenciosas y siempre atrayentes, cautivantes, una sabiduría profunda y luminosa que todos escuchaban y apreciaban en su inmenso valor. Quisiera dejar mi testimonio de

admiración y de afecto a ese gran hombre, tan sencillo y modesto, como sabio y erudito.”

Esa era la admiración que concitaba el ilustre dominicano en hombres tan egregios como Gandía; o como Jorge Luis Borges que exclamaba: “Sé que es varón de pocas palabras”; o en su mejor discípulo Alfonso Reyes, que le escribía con gesto desolado, ante el abismo de la separación distante: “Estoy perdido sin tí”, o el de su también discípulo Enrique Anderson Imbert que apuntaba en el tomo II de su “Literatura Hispanoamericana”:

“Tenía una prosa magistral en su economía, precisión y arquitectura. Fue un humanista formado en todas las literaturas, en todas las filosofías, y en su curiosidad por lo humano no descuidó ni siquiera la ciencia. Su obra escrita, con ser importante, apenas refleja el valor de su talento. Dió lo mejor a los amigos en la conversación, en la enseñanza. Donde viviera, allí creó ambiente, familias intelectuales, discípulos. Tenía preferencias racionalistas clásicas; y aún en sus ideas socialistas en favor de un nuevo orden social basado en la igualdad económica y en la libertad de las personas y los pueblos, aparecían esas preferencias por el pensamiento claro y constructivo.”

Pero alguien pudo hacerle un reproche gentil a nuestro egregio humanista. La profesora argentina —discípula de Pedro— Hilda Torres Varela, dice con exaltada amargura admirativa:

‘Tal vez la única falla de Don Pedro estuvo en hacernos ilusionar acerca de que volveríamos a encontrar otros profesores de su talla, y eso es cada día mas, una utopía.’

Todos los intelectuales en la compilación de Julia dicen cosas maravillosas de don Pedro. Unos se expresan con profunda y conveniente erudición, otros con una dulcedumbre temblorosa, trasiego de una ternura inextinguible aún a la luz misteriosa del recuerdo, y otros con un profundo dolor evocativo, como el profesor Augusto Cortina Aravena, testigo de la muerte del maestro que narra como ésta ocurrió en un cálido mediodía de 1946, mientras ocupaban sendos asientos en el tren que los conducía de Buenos Aires a La Plata, donde ambos impartían docencia.

Su relato es patético, doloroso aún esfuminado en la visión de su recuerdo.

“...nos saludamos —dice Cortina — y tomó asiento. Antes ha colocado en lo alto su sombrero. ¿Quiere que le ponga el suyo? — me ha dicho “Poco después se desploma sobre mi hombro derecho.

“Empezó a roncar y de pronto creí que dormía. El prolijo y sabio profesor solía corregir deberes’ durante el viaje. Al poco rato, vencido por la monotonía de su trabajo, echaba “un sabroso sueño’ — según solía decirme. Pero ¿dormir tan pronto? Advertí entonces que agonizaba. Mejor dicho, que estaba muerto.’

Pero de todos los ensayos recogidos en ‘ El libro Jubilar de Pedro Henríque Ureña’ es el de César Tiempo, el gran poeta argentino que trae un recuerdo de su adolescencia el que más hondo ha calado en mí, al presentarme un Pedro nuevo.

Tiempo había asistido con José Sebastián Tallón, el poeta ciclópeo y pueril de “Las torres de Nuremberg’ a una deslumbrante conferencia acerca de esos dos gigantes de alma cálida en medio de la frialdad polar que eran Ibsen y Tolstoi. Unir los nombres de Enrique Ibsen, el hurraño noruego creador del teatro moderno con la misma efusión, aunque sin su barroquismo, con que Shakespeare iluminó caracteres humanos en la desbordada pasión del clasicismo, y Leon Tolstoi, rebelde como los ventisqueros que estremecen la soledad desértica de dilatados heleros, fue admirable acierto del gran sabio dominicano. A la salida de la conferencia los dos jóvenes lo abordaron con pueril vanidad medrosa. Pedro los animó con el ungüento sedante de su sonrisa cándida como albo vellón rebañejo. Tallón le hizo una primera pregunta.

— ¿Es cierto que su papá fue presidente de la República.

Don Pedro le contestó sonriente blandamente: sí, pero también fue médico. Un médico de cuerpo y un médico de almas.

Entonces César Tiempo le espetó una pregunta inesperada: si era cierto su origen judío. El verdadero nombre del poeta era Israel Zeillin, judío desde luego.

Henríquez habló con voz pausada e hizo un recuento de sus ancestros sefardíes.

—“Sí—dijo— algunos de mis antepasados escribió los Diez Mandamientos al dictado de Dios; mi origen debe ser semítico y si algún otro perteneció a la familia de Cristo debo serlo por partida doble como dijo Fray Luis de León cuando fue procesado por traducir el Cantar de los Cantares.

Y siguió diciendo: “Henríquez con hache y sin hache, con ese o con zeta, es un apellido judío frecuente en familias de origen español.

Y menciona: la poetisa Isabel Henríquez en el siglo XVII, protectora de Daniel Levi; Salomón Rubén Henríquez, pintor famoso nacido en Copenhague, cuyos cuadros colman los museos dinamarqueses, y padre de la pintora María Henríquez que trabajó en Grecia, Italia y Egipto. Robert Martín Henríquez, afanoso violoncelista y compositor dinamarqués; Robert David Quixano Henríquez, novelista nada desdeñable y otros. Siguió hablando de las peripecias de sefarditas famosos, raicillas de la robusta raíz de su origen.

“Hablaban don Pedro — dice César Tiempo— con una voz pausada.”

Y termina así el poeta argentino este glorioso encuentro con el maestro ideal, parradigmático e inmortal’

“Abandonamos el bar recién cuando bajaron sus persianas metálicas. La madrugada nos golpeó la cara como una lluvia benigna. Cuando quedamos solos Tallon y yo, después de comprometernos a visitar al maestro en su casa una vez pasados los exámenes que se venían encima en el Instituto de Profesorado, nos echamos a caminar en silencio. Ya frente a la casa del poeta —calle Brasil 1388— me aventuré a preguntarle:

“— ¿Qué te pareció?

‘—Un santo ¿Y a vos?

“De haber conocido más profundamente su vida y su obra hubiera dicho, pensando en San Martín, en Montalvo, en Sarmiento, en Duarte. —“Un Héroe.”

Así termina este conmovedor relato. De todo lo cual se deduce que Pedro Henríquez Ureña fue un hombre tan excepcional,

por encima de toda ponderación, que en un poeta de ideas avanzadas y a veces anárquicas, como César Tiempo, inspira la idea de heroicidad, y Tallon lo lleva a la calidad de un santo. Yo les recuerdo que hace dos días, en el Auditorio, al inaugurar la cátedra Pedro Henríquez Ureña, mi amigo, el notable ensayista José Luis Martínez le llamó: "Santo laico."

Esta mañana, aquí mismo, en un coloquio que dirigió el ejemplar chileno, casi dominicano Alberto Baeza Flores, iluminamos otras facetas igualmente egregia de nuestro Pedro.

¿No es, después de todo esto, justiciero homenaje el escoger su nombre para nuestra Universidad, como se hizo en la noche magnífica del 21 de abril de 1966, de quien fue maestro de maestro?

Pero es justo admitir también que la labor de Julio Jaime Julia al hacer esta compilación fue formidable, y compromete nuestro agradecimiento y es verdad que no es posible abordar el estudio de Pedro Henríquez Ureña sin que aparezca de seguida el nombre de Juan Jacobo de Lara, el de Julia se vincula a nuestra Universidad a través de estos dos tomos que hoy ponemos a circular.